

San Antonio Blues*

DAVID MARTÍN DEL CAMPO

21 de mayo de 1945

El confort es el principio de la civilización. Por lo menos hoy nos obsequió con una cruda lección.

La Base Clark tiene dos anexos. De un lado de la pista aérea está ubicado el cuartel, propiamente dicho, de la U.S. Air Force. Luego están los hangares, y más al norte el anexo uno: Mabalacat, que es el campamento de los australianos. Luego sigue el anexo dos: Porac, que es el campamento de la Fuerza Aérea Expedicionaria Mexicana. El hogar del Escuadrón 201, el cubil de nosotros, los "tlacuachos del aire".

Cómo extrañamos los cómodos bungalows de Randolph Field. Aquí todo es rústico y a punto del Paleolítico: tiendas de campaña que tuvimos que montar para grupos de ocho, regaderas de cubeta, catres de lona, retretes de fosa séptica, cocinetas de queroseno, lavandería "de río" (el arroyo Porac), y nuestro cuartel general resguardado por un baluarte de 300 sacos de arena. Ahí están asegurados la mitad de los fusiles, la cartografía, las latas de chiles jalapeños.

Lo más valioso en Porac es un mosquitero sin rasgaduras, lo más agradable una noche de brisa, lo más terrible enfermar de malaria. (Guillermo García sufre temperaturas de 39 y 40 grados, ha perdido bastantes kilos, se lo llevaron en ambulancia al Hospital Aguinaldo de Manila.)

Hemos comenzado, por fin, el entrenamiento. La "fase final", nos advirtieron. Según mis cuentas ésta es la tercera

vez que cumplimos ese episodio. A cada una de las escuadrillas le ha sido asignado un "oficial de enlace". Los de la A ("Águilas") tienen al teniente Sheridan Keny, un pecoso que siempre hace guiños. Los de la B ("Burros") tenemos a Peter Economy (vaya apellido). Los de la C ("Colibríes") se quedaron con William Kester, calvo, y los de la D ("Don-sanchos") con Howard Riggs, un flaco neurasténico al que cualquier día le van a partir la madre.

El entrenamiento es elemental, sobre todo para el reconocimiento del territorio. "No olviden que las Filipinas están formadas por 7 000 islas, aunque dos son las principales: Luzón, al norte (donde estamos acampados), y Mindanao, al sur", nos recordó el coronel Kellond al leernos la cartilla, una vez que fuimos trasladados al lomerío de Porac. "Y cuidado con los 'canguros' de Mabalacat", nos previno, porque los australianos tienen fama de pleiteros. "Sobre todo los domingos, que se la amanecen bebiendo."

Cada escuadrilla tiene asignados cinco Thunderbolt P-47, aunque por lo regular uno queda en tierra para revisión mecánica. Los titulares vuelan a diario en formación *fighter sweep* con los nichos de artillería a reventar de tiros. Los reservistas volamos cada tercer día. Ni modo, quién nos manda ser "de reposición".

La última sorpresa fue hace dos semanas: una escuadrilla de torpederos japoneses volando sobre el Golfo de Lingayen, pero no hubo combate. Se escondieron en la niebla, a ras del mar, y ahí quedó todo. Los avistaron los australianos, que tienen asignadas nueve escuadrillas de bimotores P-38. Pero después de eso, nada. La verdad es que la reconquista de Filipinas está muy avanzada.

Si hubiésemos llegado tres meses antes, otra hubiera sido nuestra suerte, pero ahora... O, como decía mi abuela Juliana: "Hubiera, tiempo perfecto del verbo pendejo."

* Avance de la novela *En la tierra como en el cielo* que será próximamente publicada en Planeta. La narración se inscribe en las peripecias (reales y ficticias) que el Escuadrón 201 tuvo en su desempeño como integrante de la Fuerza Aérea Expedicionaria que el gobierno de Manuel Ávila Camacho envió a Filipinas (1944 y 1945) para combatir contra las fuerzas japonesas de ocupación en aquel archipiélago.

Las misiones de *fighter sweep*, como su nombre lo indica, son de combate y barrido aéreo. Se despegan en franca disposición de buscapleitos. Y es una pena volar en esas maravillas artilladas para finalmente no tumbar ni una mosca. Será que una vez reconquistadas las islas de Leyte, Mindanao y Cebú, solamente queda actividad militar en algunos reductos montañosos de Luzón.

El foco estratégico está en derrotar al general Yamashita y sus 20 000 soldados emboscados en las montañas centrales de esta isla. Nadie sabe nada, pero al norte de Baguío la guerrilla de Yamashita es dueña de la noche. Ahí están los heridos que llegan cada tarde a acompañar a Memo García en el Hospital Aguinaldo. Dicen también que tiene una pequeña escuadrilla de Mitsubishiis-Zero escondida en una pista secreta de la selva. Con ella podría huir a Formosa, o a Cantón, en la China continental, que aún está en manos japonesas. Claro, todo son rumores que disfruto consumiendo Coca-colas con los australianos "de reposición" en los hangares de la Base Clark.

Pero estábamos en lo del confort y la promiscuidad que padecemos bajo las lonas de Porac. Decidimos ampliar nuestras instalaciones, y en lo que nos proporcionan o no más tiendas de campaña, le sugerimos al comandante Cárdenas Rodríguez que nos permitiera una expedición de aprovisionamiento. El teniente Cruz Abundis, que fue cazador en sus mocedades, ha descubierto un bosquecillo de bambú en las montañas de Tarlac, no lejos del campamento. "Con ese material podríamos acondicionar nuestros

bungalows al tipo de esas cabañitas que en Acapulco llaman palapas", le dijimos al comandante, porque la verdad es que descansaríamos de los ronquidos colectivos.

Fuimos un grupo de veinte, guiados por Cruz Abundis y acompañados por Isabelo Resurrección, el muchacho filipino que se ha avecindado con nosotros. Lo llamamos "el bata", que en tagalo quiere decir 'mozo', además de que es nuestro intérprete para todo. Aso es 'perro', y *chacón*, 'cocodrilo'.

Nos hicimos de una carreta, pero el jeep derrapaba demasiado en el lodo y la zarandeaba a punto de romperla. Tuvimos que dejarlo y alquilar también una yunta de bueyes de agua, que Espinosa Galván (tan culto) llama "carabaos". Marchamos a su paso, hacia el oriente, donde se yerguen las montañas de Tarlac. Espinosa Galván aseguró que no había cuidado, pero por si las dudas todos fuimos pertrechados con armas cortas y, desde luego, machetes (que aquí llaman "bolos"). Salimos temprano bajo un chipi-chipi que parecía interminable. Con ese tiempo no hubo práctica posible con los "P-cuá" y el comandante no tuvo más remedio que dejarnos ir.

Kilómetros adelante el camino de grava se hizo de fango. Después de pastizal, y los que iban en *shorts* lo lamentaban porque de cuando en cuando las hojas cortaban como filosas dagas. Dejamos atrás los últimos arrozales y nos adentramos en una selva de palmeras y árboles que se parecen a nuestras jacarandas. Los que mejor avanzaban eran Cruz Abundis, que fue cazador en Guerrero, y el *buddy* Ruvalcaba,





que a todo le hallaba nombres jarocho. Poco después del mediodía, y a la vista del bosque de bambú, nos detuvimos para almorzar. Sándwiches horriblemente húmedos y barras de chocolate. Afortunadamente había dejado de llover.

Con bambú está construida la mitad de este país. Qué necedad la nuestra de hacer casas de tabique y cemento, cuando en una tarde y con medio centenar de cañas queda armada una cabaña y su techumbre. "Una cabaña dura lo que un matrimonio, veinte años; lo demás es ganancia." Eso platicábamos ahí, muy quitados de la pena, cuando de pronto los gritos violentos del bata Isabelo nos pusieron en guardia.

Provenían del bosquecillo ahí delante y todos lamentamos no haber traído los M-1 en vez de las pistolas. Nos tiramos pecho a tierra, cortamos cartucho y esperamos lo que viniera. En eso apareció Isabelo Resurrección, más pálido que Emilio Tuero, señalando con terror hacia los bambúes. "¡Asuang... patay!", gritaba sin detenerse. "¡Asuang... patay!"

Lo obligamos a tumbarse, pero él insistía en levantarse y señalar hacia el macizo de cañas. "¡Asuang... patay!" Alfredo Zamora lo derribó de un puñetazo al grito de "¡agáchate, pinche chino, o te meto un puto balazo!"

Y esperamos.

Minutos después el bata logró zafarse. Fue hasta donde el *buddy* Ruvalcaba se erguía con curiosidad y lo jaló de la mano, con visible terror. "¡Patay, patay!" y gesticulaba un cuchillo que degüella.

Qué hermoso, qué terrible aquello. En mitad de los bambúes había un Mitsubishi incrustado desde meses atrás. El

fuselaje del Zero estaba casi intacto y las alas rebanadas por el impacto contra las cañas. El piloto había sido comido por las hormigas y las iguanas azules. Las llaman "gabinakas" y son nocturnas y carroñeras. Un esqueleto pulcro, uniformado, que empuñaba aún el espadín samurai desenvainado. Habrá muerto en combate aéreo o por la colisión.

A esos fantasmas (que eso quiere decir *asuang*) hemos venido a combatir. Ese cadáver, ese *patay*, nos saludaba desde las tinieblas en espera de un momento más oportuno.

El armero Antonio Ruvalcaba fue inmediatamente a lo suyo. Comprobó que al avión no le quedaba un solo tiro en los nichos de artillería (tres ametralladoras calibre 0.30), y dijo: "Cayó sin nada más que dar. Y sin dónde ir, porque si le hubiera quedado combustible habría estallado al impactarse."

No lo había notado.

Héctor Espinosa Galván, que estaba a cargo del grupo (es teniente coronel, después de todo) ordenó darle cristiana sepultura. Revisamos sus documentos, pero con aquellos jeroglíficos nipones jamás sabremos su nombre. Le regaló a Isabelo Resurrección el reloj del piloto, que todavía funcionaba. Preguntó quiénes estaban interesados en quedarse con la pistola reglamentaria, una Iwasaki preciosa, de acero inoxidable. Pugnaron un radiotelegrafista, apellidado Treviño, y el *Loco* Zamora. Este ganó el volado y se guardó el arma al cinto.

Enterramos al piloto a un lado del Zero, con sus documentos en el bolsillo de la chamarra. Aún recuerdo la fotografía que cargaba: una muchacha sonriente bajo una sombrilla de papel coloreado. ¿Su mujer, su novia, su prometida?, y pensé en Bárbara Torres. Yo no cargo, para nada, su retrato. Entonces me ofusqué.

No lo recuerdo bien. Sólo que el *Loco* Alfredo Zamora comentó al mirar la foto: "Putá geisha hija de la chingada", y me le fui encima. No paré de golpearlo hasta que nos separó el gordo Ruvalcaba. Y Espinosa Galván, que gruñía al reprender: "Cuide sus palabras, teniente Zamora, que este soldado valía más que muchos de nosotros."

Enterramos al piloto sin nombre. En lugar de cruz clavamos sobre el túmulo su espadín samurai. Y tras el relámpago se soltó un aguacero torrencial.

Somos "tulisanes", como dice Isabelo Resurrección al presumir su reloj armado en Yokohama. Sí, "tulisanes", ladrones en despoblado cargando la carreta con dos toneladas de bambú. Caía la noche y sólo resonaban nuestros machetes golpeando aquellas cañas duras como el hierro. Nadie olvidará ese atardecer bajo la lluvia en Tarlac. ♦